**BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS PORQUE ELLOS ALCANZARÁN MISERICORDIA (MT 5,7).**

Jesucristo vino para anunciar y llevar a cabo el tiempo perenne de la gracia del Señor, llevando a los pobres la buena noticia, la liberación a los cautivos, la vista a los ciegos y la libertad a los oprimidos (cfr. *Lc* 4,18-19). En Él, especialmente en su Misterio Pascual, se cumple plenamente el sentido más profundo del jubileo. Cuando la Iglesia convoca un jubileo en el nombre de Cristo, estamos todos invitados a vivir un extraordinario tiempo de **gracia**. La Iglesia misma está llamada a ofrecer abundantemente signos de la presencia y cercanía de Dios, a despertar en los corazones la capacidad de fijarse en lo esencial. En particular, este Año Santo de la Misericordia «es el tiempo para que la Iglesia redescubra el sentido de la misión que el Señor le ha confiado el día de Pascua: ser signo e instrumento de la misericordia del Padre» ([*Homilía en las Primeras Vísperas del Domingo de la Divina Misericordia*](http://w2.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2015/documents/papa-francesco_20150411_omelia-vespri-divina-misericordia.html), 11 de abril de 2015).

El Antiguo Testamento, para hablar de la misericordia, usa varios términos; los más significativos son los de *hesed* y *rahamim*. El primero, aplicado a Dios, expresa su incansable **fidelidad** a la Alianza con su pueblo, que Él ama y perdona eternamente. El segundo, *rahamim*, se puede traducir como “entrañas”, que nos recuerda en modo particular el seno materno y nos hace comprender el **amor** de Dios por su pueblo, como es el de una madre por su hijo. Así nos lo presenta el profeta Isaías: «¿Se olvida una madre de su criatura, no se compadece del hijo de sus entrañas? ¡Pero aunque ella se olvide, yo no te olvidaré!» (*Is* 49,15). Un amor de este tipo implica hacer espacio al otro dentro de uno, sentir, sufrir y alegrarse con el prójimo.

En el concepto bíblico de misericordia está incluido lo concreto de un amor que es fiel, gratuito y sabe perdonar. En Oseas tenemos un hermoso ejemplo del amor de Dios, comparado con el de un padre hacia su hijo: «Cuando Israel era niño, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Pero cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí; […] ¡Y yo había enseñado a caminar a Efraím, lo tomaba por los brazos! Pero ellos no reconocieron que yo los cuidaba. Yo los atraía con lazos humanos, con ataduras de amor; era para ellos como los que alzan a una criatura contra sus mejillas, me inclinaba hacia él y le daba de comer» (*Os* 11,1-4). A pesar de la actitud errada del hijo, que bien merecería un castigo, el amor del padre es **fiel y perdona** siempre a un hijo arrepentido. Como vemos, en la misericordia siempre está incluido el perdón; ella «no es una idea abstracta, sino una realidad concreta con la cual Él revela su **amor**, que es como el de un padre o una madre que se conmueven en lo más profundo de sus entrañas por el propio hijo. […] Proviene desde lo más íntimo como un sentimiento profundo, natural, hecho de ternura y compasión, de indulgencia y de perdón» (*[Misericordiae Vultus](http://w2.vatican.va/content/francesco/es/bulls/documents/papa-francesco_bolla_20150411_misericordiae-vultus.html)*, 6).

El Nuevo Testamento nos habla de la divina misericordia (*eleos*) como síntesis de la obra que Jesús vino a cumplir en el mundo en el nombre del Padre (cfr. *Mt* 9,13). La misericordia de nuestro Señor se manifiesta sobre todo cuando Él se inclina sobre la miseria humana y demuestra su compasión hacia quien necesita comprensión, curación y perdón. Todo en Jesús habla de misericordia, es más, Él mismo *es* la misericordia. Es el rostro de la misericordia del Padre.

En el capítulo 15 del Evangelio de Lucas podemos encontrar las tres parábolas de la misericordia: la de la oveja perdida, de la moneda perdida y aquélla que conocemos como la del “hijo pródigo”. En estas tres parábolas nos impresiona la alegría de Dios, la alegría que Él siente cuando encuentra de nuevo al pecador y le perdona. ¡Sí, la alegría de Dios es perdonar! Aquí tenemos la síntesis de todo el Evangelio. «Cada uno de nosotros es esa oveja perdida, esa moneda perdida; cada uno de nosotros es ese hijo que ha derrochado la propia libertad siguiendo ídolos falsos, espejismos de felicidad, y ha perdido todo. Pero Dios no nos olvida, el Padre no nos abandona nunca. Es un padre paciente, nos espera siempre. Respeta nuestra libertad, pero permanece siempre fiel. Y cuando volvemos a Él, nos acoge como a hijos en su casa, porque jamás deja, ni siquiera por un momento, de esperarnos con amor. Y su corazón está en fiesta por cada hijo que regresa. Está en fiesta porque es alegría. Dios tiene esta alegría, cuando uno de nosotros pecadores va a Él y pide su perdón» ([*Ángelus*](http://w2.vatican.va/content/francesco/es/angelus/2013/documents/papa-francesco_angelus_20130915.html), 15 de septiembre de 2013).

La misericordia de Dios es muy concreta y todos estamos llamados a experimentarla en primera persona. A la edad de diecisiete años, un día en que tenía que salir con mis amigos, decidí pasar primero por una iglesia. Allí me encontré con un sacerdote que me inspiró una confianza especial, de modo que sentí el deseo de abrir mi corazón en la Confesión. ¡Aquel encuentro me cambió la vida! Descubrí que cuando abrimos el corazón con humildad y transparencia, podemos contemplar de modo muy concreto la misericordia de Dios. Tuve la certeza que en la persona de aquel sacerdote Dios me estaba esperando antes de que yo diera el primer paso para ir a la iglesia. Nosotros le buscamos, pero es Él quien siempre se nos adelanta, desde siempre nos busca y es el primero que nos encuentra. Quizás alguno de ustedes tiene un peso en el corazón y piensa: He hecho esto, he hecho aquello… ¡No teman! ¡Él les espera! Él es padre: ¡siempre nos espera! ¡Qué hermoso es encontrar en el sacramento de la Reconciliación el abrazo misericordioso del Padre, descubrir el confesionario como lugar de la Misericordia, dejarse tocar por este amor misericordioso del Señor que siempre nos perdona! Esto nos dice el Papa Francisco.

Hay una extraordinaria alegría y es la de ser instrumentos de la misericordia de Dios. La Palabra de Dios nos enseña que la felicidad está más en dar que en recibir y precisamente por este motivo la Quinta Bienaventuranza declara felices a los misericordiosos. EL nos ha dado esa capacidad de amar y reconocer la miseria en el otro. Si Dios nos ama tanto también nosotros debemos amarnos unos a otros. ( 1 Jn 4, 7-11).

Dejémonos inspirar por la oración de Santa Faustina, humilde apóstol de la Divina Misericordia. –Ayúdame oh Señor a que mis ojos sean misericordiosos, para que jamás recele o juzgue según las apariencias, sino que busque lo bello en el alma de mi prójimo y acuda a ayudarle... \_A que mis oídos sean misericordiosos para tomar en cuenta las necesidades de mi prójimo y no sea indiferente a sus penas y gemidos… \_A que mi lengua sea misericordiosa para que jamás hable negativamente de mi prójimo, sino que tenga una palabra de consuelo y perdón para todos… \_A que mis manos sean misericordiosas y llenas de buenas obras… \_A que mis pies sean misericordiosos para que siempre me apresure a socorrer a mi prójimo, dominando mi propia fatiga y cansancio… \_A que mi corazón sea misericordioso para que yo sienta todos los sufrimientos de mi prójimo…(Diario 163)

El mensaje de la Divina Misericordia constituye un programa de vida muy concreto y exigente, pues implica el obrar, Una de las obras de misericordia más evidente, pero quizás más difícil de poner en práctica, es el de perdonar a quien te ha ofendido, a quien te ha hecho daño, a quien consideras enemigo. ¡Cómo es difícil muchas veces perdonar! Y, sin embargo el perdón es el instrumento puesto en nuestras frágiles manos para alcanzar la serenidad del corazón, Dejar caer el rencor, la rabia, la violencia y la venganza son condiciones necesarias para vivir felices. (Misericordiae vultus).

**“María Madre de Gracia y Madre de Misericordia, en la vida y en la muerte ampáranos Gran Señora”**

**PRACTICA-** Hacerme con el corazón de la persona que más me haya ofendido. Entrar por la Puerta Santa con la intención de encontrarme con Cristo Misericordia.